

la reclusión, por ejemplo, en vez del presidio? Se quedaría en Francia, podría usted verle y tendríamos tiempo para movernos.

—He pensado en eso—dijo la joven,—y creo que con su influencia de usted lo conseguiría, si mi padre hubiera sido condenado por uno de esos crímenes que no tienen resonancia en el público. Pero el ruido que se hizo á la muerte del príncipe Lavisine, en el momento de la causa, impide que la administración pueda dispensar ciertos favores especiales y de todo punto excepcionales... Me he enterado de todos esos puntos cerca del abogado de mi padre. Me ha hecho también observar que la Embajada de Rusia se extrañaría, y se quejaría tal vez, si se manifestasen indulgentes para con el asesino de un súbdito ruso de gran posición en su patria y amigo personal del czar. Y además, amigo mío, tengo que confesar á usted una cosa.

—Escucho.

XL

Se había sentado muy cerca de ella para oírla mejor. La joven repuso:

—Confesaré á usted que, después de haberlo meditado mucho, no deseo la conmutación de pena, de que estamos hablando. Prefiero para mi padre la cadena perpetua, la reclusión.

—¿Por qué?—preguntó sir Hanley.

Juana se acercó aún más á éste y le dijo en voz baja:

—Porque es imposible escaparse de una cárcel central, y no sucede lo mismo con el presidio.

—¡Ah!...—dijo el americano.—¿Ha pensado usted en una evasión?

—Sí, hace mucho tiempo... ¿Y usted?

—Yo también... Me decía: Si la apelación es desechada, si ninguna de mis gestiones tiene éxito, me quedará aún la evasión... ¡La evasión! es decir, la posibilidad de prestarle un concurso activo, de exponer mi persona, de arriesgar la vida, si es preciso, por ella... Quiero decir, por ellos.

Después de haberle dado las gracias con una mirada, Juana repuso:

—¿Ha pensado usted, amigo mío, que su libertad de usted podría verse comprometida también?

—¿Mi libertad?

—Sí... He tenido que estudiar el Código Penal bajo el punto de vista de las evasiones: va usted á ver lo que dice.

Se levantó, cogió un libro de una mesa, le hojeó un momento, é indicando una página á sir Gardiner, le dijo:

—Lea usted los artículos 240 y 241 del Código Penal... Mire usted, ahí están...

Gardiner leyó: «Si los evadidos, ó uno de ellos, están acusados de crímenes de tal naturaleza que lleven consigo la pena de muerte ó penas perpetuas, ó si están sentenciados á cualquiera de esas penas...»

—¿Lo oye usted? Sentenciados á penas perpetuas... Es el caso en que se halla mi padre... Continúe usted.

Sir Hanley prosiguió: «Los que estaban encargados de su custodia serán castigados con uno ó dos años de cárcel, en caso de descuido ó negligencia, y con trabajos forzados temporales en caso de connivencia.»

—Perfectamente—repuso,—eso no me concierne... Yo no estoy encargado de la custodia de los presos.

—Pero, continúe usted... Pretendía haber estudiado nuestras leyes durante sus viajes marítimos, y... sus estudios son muy incompletos.

Gardiner siguió leyendo: «Los individuos no encargados de la conducción ó de la custodia de los presos, que hayan facilitado ó intentado la evasión, serán castigados con reclusión de uno á cinco años.»

—Ya ve usted.

—Sí, sí, ya veo—dijo el americano alegremente... Pero no es muy temible, cinco años... con tanto mayor motivo, cuanto que me impondrán el *minimum* de dos años.

—¡Pero acabe usted!

Esta vez leyó en voz baja; luego cerró el Código, y dijo:

—Sí, sí, ya lo sé ahora... Si la evasión se ha intentado con violencia ó fractura, si ha sido favorecida por transmisión de armas, los guardas que hayan tenido participación serán castigados con cadena perpetua, y las demás personas... como yo, por ejemplo... á trabajos forzados temporales.

—Ha comprendido usted perfectamente, amigo mío, dijo la joven...—Pero debo añadir que cualquiera

que pretenda favorecer una evasión, debe precaverlo todo: la efractura y la resistencia á mano armada del prisionero que está á punto de ser detenido en el momento de verse libre.

—Es evidente que hay que precaver todo eso... Pues bien, ¡qué le hemos de hacer! Arrostraré la pena de trabajos forzados temporalmente... Un hombre tan honrado como yo y mucho más simpático ha sido sentenciado á cadena perpetua... y además era inocente de toda falta, mientras que yo sería criminal... según el Código... Pero, vamos á ver—añadió,—¿me toma usted acaso por un niño y pretende usted asustarme?

—No sería mirar bien por mis intereses—replicó la joven.—Pero debía darle á conocer los graves peligros que va usted á correr á consecuencia de su abnegación.

—Los conozco y los desprecio—contestó Hanley riendo... Y, tornándose de repente serio, prosiguió:—¿Su padre de usted sigue encerrado en el depósito de la Grande-Roquette.

—Sí, pero no estará allí mucho tiempo... Desde el momento en que la apelación ha sido desechada, está definitivamente sentenciado y formará parte de la primera cuerda que manden á Nueva Caledonia.

Se enjugó una lágrima que acababa de saltar de sus ojos y, volviéndose de pronto hacia sir Gardiner, le dijo:

—Ya sabe usted que iré á reunirme allí con él... Quiero vivir en el país en que él viva... Quiero que sepa que estoy cerca de él.

Gardiner no pareció extrañarse lo más mínimo y contestó con la mayor tranquilidad:

—Partiremos cuando usted quiera.

—¡Cómo! ¿Va usted á acompañarme?

—¡Sí por cierto!... ¿Qué haría usted allá sin mí? Vamos á ver, ¿piensa usted tener aún escrúpulos? ¿Olvida usted el pacto que hemos firmado?

—No—dijo Juana,—y voy á ser franca: había contado con usted.

—¡Gracias á Dios! Así me gusta... Pero, antes de emprender ese viaje... para mí una futesa... para usted una fatiga grande... pienso ir á la cárcel en que está encerrado su padre de usted.

—¿Para qué?

—Para saber si es absolutamente indispensable que vayamos á Nueva-Caledonia.

XLI

A las tres de la tarde del día siguiente, un carruaje muy sencillo, pero muy elegante, con dos hermosos caballos, se paró en la plaza de la Roquette, en el sitio en que se levanta la guillotina los días de ejecución.

Un hombre de unos treinta á treinta y cinco años se apeó del carruaje, pasó por delante del centinela

y, entrando á la izquierda en la portería, preguntó por el señor X..., director de la cárcel.

—Voy á hacer que le lleven á usted á las habitaciones del señor director, caballero—dijo el portero, antiguo soldado que llevaba el uniforme de los guardas de las cárceles del Sena y tenía en la mano un manejo de llaves.

Otro guarda se había levantado de su asiento y rogaba al extranjero que le siguiese.

Atravesaron un patio, tomaron una escalerita á la izquierda y subieron algunos escalones.

—Adelante—dijo una voz, cuando el guarda hubo llamado á la puerta.

Estaban en el despacho del director.

Éste era joven aún, de regular estatura, bien proporcionado, de mirada enérgica. Se levantó, hizo señal al guarda para que se retirase y saludó á su visitante.

—¡Caballero!—dijo el extranjero, sacando del bolsillo dos sobres, que presentó:—tenga usted la bondad de enterarse de estas dos cartas: una es del prefecto de policía, y la otra es del jefe de la primera división de la Prefectura.

El director recorrió rápidamente las cartas, y, levantando la cabeza, dijo:

—¿Es usted sir William Hanley-Gardiner, caballero?

—Sí señor.

—Conocía su nombre de usted mucho, y celebro infinito conocerle de vista.

El americano se inclinó.

—¿Desea usted visitar la casa detenidamente?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE DERECHO
"FERNANDO RIVERA"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

—Sí, si no tiene usted en ello inconveniente.

—Ninguno, y además tiene usted la debida autorización y me está usted recomendado muy especialmente... El señor prefecto de policía me dice que quiere usted hacer en sus periódicos un estudio comparativo de las cárceles francesas y de las de los Estados Unidos... Me alegraré que esa comparación resulte ventajosa para nosotros, y me pongo por completo á su disposición.

—Muchas gracias, caballero.

—Si usted gusta, sin perder tiempo, iremos al patio... Los presos están reunidos ahora allí, y así podrá usted aprovechar por de pronto una vista de conjunto.

—Perfectamente... Estoy á la disposición de usted.

Bajaron la escalerita, dieron algunos pasos por el patio, que había atravesado ya sir Hanley, y se hallaron frente á la verja de la cárcel propiamente dicha.

Un guarda colocado detrás de esa verja la abrió inmediatamente al ver al director, y se descubrió.

Dejaron la sala de visitas á la izquierda, fueron hacia la derecha, atravesaron la sala del registro y, después de haber empujado una puerta, se encontraron en una habitación estrecha, en que no se veía más que una silla, una mesa y bancos arrimados á las paredes blanqueadas con cal.

—Sírvase usted—dijo el director á sir Hanley,—echar una ojeada á esta pieza, la más interesante tal vez de toda la casa, por ser aquella en que pasan las escenas más dramáticas.

—¿Sí? ¿Qué escenas?

—Aquí es donde el verdugo y sus ayudantes preparan al condenado á muerte.

—¿La operación consiste, me parece, en cortar el pelo?—preguntó sir Gardiner.

—No, ya no... Se le corta el pelo cuando entra en la cárcel y cuando ha vuelto á crecer, como á todos los demás presos... Es cuestión de humanidad... Aquel corte de pelo exigía demasiado tiempo... El ejecutor de alta justicia se concreta ahora á rasgar rápidamente el cuello de la camisa y atar con cuerdas al sentenciado, más rápidamente aún, si cabe... Muy pocos segundos bastan para esa triste operación.

—Permítame usted que tome algunas notas—dijo sir Gardiner sacando un cuadernito del bolsillo;—estos detalles interesarán de seguro á los lectores de mis periódicos.

Escribió, ó más bien hizo como que escribía algunos renglones, y siguió á su guía á una especie de vestíbulo, que terminaba á la derecha con la escalera que conduce á las celdas, y á la izquierda con la puerta que da al patio. Se abrió una nueva verja ante el director, y sir Hanley se encontró en un gran patio cuadrado, empedrado, rodeado de edificios de dos y tres pisos, con ventanas estrechas cubiertas de barrotes de hierro. Una fuente en medio, una larga viga de la que colgaba un farol, bancos de madera empotrados en los muros y cubiertos con un tejadillo, tales son los únicos adornos de tan lúgubre patio.

Estaba ocupado en aquel momento por trescientos presos próximamente, vigilados por el jefe de los guardas y algunos de éstos que están á sus órdenes.

Unos paseaban de dos en dos ó aislados; otros hacían cola frente á la cantina. Estos últimos, sentados en los bancos, comían teniendo sobre las rodillas una escudilla llena de legumbres, y sir Gardiner procuraba divisar á Bérard entre aquellos presos, pero no podía conseguirlo.

XLII

El director del Depósito General... como llaman á la Roquette para diferenciar esta cárcel del Depósito que está próximo á la Conserjería... creyendo de buena fe que el americano quería hacer un estudio formal de los establecimientos penitenciarios, se apresuraba á darle toda clase de antecedentes.

—Ninguno de esos hombres—le decía señalando á los grupos—está preso por primera vez. Aquí no están más que los reincidentes que vienen á extinguir una nueva condena que no pase de un año; sentenciados á reclusión que esperan el momento de la marcha para los presidios centrales, y sentenciados á cadena perpetua, á quienes custodiamos hasta que vengan á buscarlos para conducirlos á la isla de Nou, en Caledonia.

—Éstos serán los más interesantes para el estudio de un extranjero—dijo sir Gardiner.—¿En dónde están?

—Por lo regular—contestó el director—en aquella parte del patio que los presos llaman burlescamente el Palais-Royal y el café Riche... Mire usted, allá, enfrente.

—¿Quiere usted que vayamos hacia aquel lado?

—Con mucho gusto.

Y mientras andaban, decía á su huésped:

—¿Tiene usted curiosidad por conocer los nombres con que, en su lenguaje peculiar, se llaman entre sí los presos?

—¡Oh, sí, caballero, mucha! Los americanos somos muy aficionados á ese caló.

—Pues entonces, tome usted nota de algunos nombres introducidos aquí muy recientemente.

—Estoy pronto á escribir.

Y el director fué indicando á sir Hanley los nombres del lenguaje de presidio con que se distinguen entre sí los presos por primera vez, los reincidentes, los condenados á los presidios centrales, los de cadena perpetua y los condenados á muerte.

—En este momento—continuó el director—no tengo ningún condenado á muerte... Las celdas destinadas á éstos están vacías. Pero el número de los condenados á cadena perpetua es bastante crecido. Mire usted, aquel bajito... fué condenado á muerte, pero ha sido indultado; ahora está esperando su salida para Noumea. Y aquel otro... ¿lo ve usted allí?... tiene sobre su conciencia tres asesinatos, pero su abogado ha con-

seguido demostrar que fueron con circunstancias atenuantes.

—Ha prestado un gran servicio á la sociedad—dijo sonriendo sir Gardiner. Y añadió con tono indiferente: —¿No tiene usted entre toda esa gente algún individuo que haya ocupado buena posición?

—Ahora no tengo más que uno.

—¿Cuál?

—Juan Bérard, el asesino del desgraciado príncipe Lavisine.

—¡Ah, sí! Bérard! Ya sé... He mencionado esa causa en mis periódicos... Ha conmovido á América entera.

—El tal Bérard tiene una hija muy hermosa—repuso el director.

—¡Ah! ¿sí? En efecto, creo recordar... ¿No tiene acaso un apodo?

—Sí. En el barrio del parque de Montceau, en que vivía, la llamaban *Reina de hermosura*.

—Es verdad, es verdad... *Reina de hermosura*... También la he mencionado en mis periódicos. ¿Vendrá algunas veces á ver á su padre?

—Sí, los días de visita, sin dejar uno.

—¿Le ve, entonces, en aquel pasillo estrecho que me ha enseñado usted al pasar... separada de él por dos rejas?

—No—dijo el director.—Me ha parecido demasiado distinguida, demasiado simpática para dejarla entre el público ordinario... La hago entrar en el registro y, bajo la vigilancia de un guarda á quien doy instrucciones especiales, puede hablar con su padre. Contra-

veugo al reglamento; pero si hay transacciones con el cielo, también...

—Puede haberlas con la administración—prosiguió sir Gardiner... Y se apresuró á añadir:—Me da usted ganas de conocer á ese preso que tiene una hija tan linda... ¿Dónde está? Enséñemelo usted.

—No está en este patio... Hubiera sido demasiado cruel dejar aquí á ese hombre de buena educación, á ese sabio... pues es un verdadero sabio.

—Sí, sí, eso dicen.

—Entre estas gentes...—prosiguió el director.—Le he puesto en el edificio que está allí detrás, en el tercer patio... Le llevaré á usted allá cuando hayamos visitado los talleres y las celdas.

—¡Oh, sí, sí!—dijo Gardiner para disimular,—no olvidemos los talleres... deseo verlos.

—Es precisamente el momento oportuno... Acaban de tocar la campana... Los presos van á salir del patio y á ponerse á trabajar.

Visitaron los talleres en que se fabrica calzado, cartones, objetos de carpintería. Sir Hanley tomaba notas, como si en realidad le interesara aquello vivamente.

Por fin, le dijo el director:

—Vamos á pasar al otro patio... verá usted la enfermería, las celdas de los condenados á muerte y el asesino del príncipe Lavisine, ya que tiene usted curiosidad por conocerle.

XLIII

Para pasar del patio principal al tercer patio, situado en un extremo de la Roquette, el director y el americano entraron en el ala derecha del edificio y atravesaron los talleres.

Al poco rato se encontraron en aquella parte de la cárcel, más aislada, más silenciosa aún que las demás, y reservada á los enfermos, á los presos dignos de interés, susceptibles de cambio de conducta, y á los que no estaban bien mirados por sus compañeros, que les harían pasar muy mal rato si se los dejase con ellos.

Una docena de presos, próximamente, se paseaban en silencio cuando el director y el extranjero entraron en el patio.

Sir Gardiner trataba de distinguir á Bérard; pero el traje de la cárcel, el cabello corto, la barba y el bigote afeitados cambian de tal modo á un hombre, que no lo pudo conseguir. Entonces, por temor de excitar sospechas, tuvo que esperar á que le indicasen al que buscaba, y pareció interesarse mucho en las explicaciones que el director le daba con la mayor amabilidad. Tuvo también que visitar la sala de baños, la bi-

blioteca y las famosas celdas de los condenados á muerte.

Hacia algunos minutos que, con angelical paciencia, sir Gardiner escuchaba y tomaba notas, cuando el director dijo por fin:

—Voy á enseñarle á usted el asesino del príncipe Lavisine.

—¡Ahl ¡es verdad!—dijo el americano,—lo había olvidado... ¿Es este que está aquí?

—Sí, allí enfrente... junto á la fuente... tiene un libro en la mano...

—¡Ahl ¿es ése? Los periódicos ilustrados han publicado su retrato, pero no hubiera podido reconocerle sin su indicación de usted... ¡Qué triste parece estar!

—Sí... No habla con nadie... Contesta apenas á las preguntas de los guardas. Parece que no recobra el uso de la palabra, ni se anima su mirada, sino los días en que espera ver á su hija.

Sir Hanley se sentía profundamente conmovido. El interés que desde el primer momento le había inspirado aquel desgraciado, y que se había aumentado con el afecto que le profesaba, se volvía más vivo, más ardiente desde que le estaba viendo, allí, cerca de él, pálido, abatido, silencioso, con su librea infamante.

—¿Le agradaría á usted—preguntó el director—hablar un rato con ese individuo? Tal vez su conversación tenga algún interés para usted.

—Es verdad—dijo sir Gardiner con voz que procuraba parecer firme... ¡Pero, si no habla!...

—No habla con los presos, con sus compañeros... Insiste en asegurar que es inocente y no quiere al-

ternar con criminales... Pero no dudo que contestará á las preguntas de usted... sobre todo si le dejó á usted solo con él.

—Es cierto, le intimidaría usted.

—Precisamente eso es lo que no quiero... El estudio que hiciera usted sería incompleto... Voy á la enfermería: cuando vuelva le recogeré á usted.

El director se había anticipado espontáneamente á los deseos del americano.

En cuanto quedó solo sir Gardiner, conmovido, cortado, con mayor timidez que si se hubiera tratado de acercarse á un personaje importante, al soberano más poderoso de la tierra, avanzó despacio hacia Bérard.

Éste le vió venir, cerró el libro, se levantó y esperó.

Sir Gardiner se quitó el sombrero sin afectación, con sencillez, y dijo:

—¡Caballero! ¿Me permite usted que le moleste un momento?

—¿Qué desea usted de mí, caballero?... ¿Qué puedo decirle?... ¿Qué curiosidad puedo satisfacer?

Al oír estas palabras, pronunciadas con voz seca, en que se notaba profunda amargura, sir Gardiner contestó con dulzura:

—¡Caballero! no es un sentimiento de curiosidad el que me trae aquí... La curiosidad, en ciertos casos, en presencia de ciertos infortunios, degeneraría en indiscreción, en crueldad... Si me tomo la libertad de dirigir á usted la palabra, es porque me inspira el más vivo interés... No le es á usted desconocido mi nombre... Su señora hija me ha dicho que le había hablado á usted de mí...

—¡Ah! ¿Es usted, acaso?...—dijo.

—Sí... Soy sir Hanley Gardiner.

—¡Usted!... ¡Usted!...

Al mismo tiempo las mejillas del desgraciado enrojecían: acababa de verse con su chaqueta gris, con su uniforme de penado. Ese traje de paño bastó le quemaba en aquel momento.

Sir Gardiner comprendió, y, acercándose aún más á Bérard, le dijo:

—Caballero, parece que se avergüenza usted... ¿Por qué? Si alguno de los dos debiera avergonzarse, me tocaría á mí... Yo estoy vestido como todo el mundo, y no tengo para eso más derecho que usted... Yo estoy libre, usted está preso, y, sin embargo, es usted tan honrado como yo... A mí me corresponde pedirle perdón por la injusticia de la suerte; á mí me toca inclinarme con respeto ante usted.

Al mismo tiempo se bajaba, cogía la mano á Bérard y la apretaba con todas sus fuerzas.

XLIV

El apretón de mano de sir Gardiner y las palabras que había pronunciado sacaron á Bérard de su anonadamiento. Se irguió; su mirada se animó y, con voz muy baja, pero profundamente conmovida, dijo:

—Veo, caballero, que mi hija no se había engaña-

do con respecto á usted... Le había juzgado bien... Es usted el hombre de corazón que adivinó desde el primer momento... y que yo he comprendido después... Sí, después... ¿Qué quiere usted? Bien puede permitírseme, en mi aislamiento, en mi desesperación, con la mente destrozada por las injusticias que me rodean, que fuera desconfiado, que dudase de usted como se ha dudado de mí.

Se detuvo y repuso:

—Usted, desconocido, extranjero, fué bruscamente á ofrecer á mi hija su protección, su abnegación... Cuando lo supe, tuve miedo... Lo que primero vi en usted, caballero... Sí, debo decirlo, debo decirlo... lo menos que puedo hacer es manifestarle una franqueza absoluta... Vi en usted uno de esos hábiles seductores que ofrecen sus servicios con ánimo de hacérselos pagar... y, en vez de darle las gracias desde el fondo de mi alma, en vez de bendecirle por su generosidad, sufría al pensar que yo no estaba á su lado para defenderla, que estaba sola, sola y expuesta á los mayores peligros... ¡Ah! aquella idea me asediaba, me atormentaba, y olvidaba la terrible acusación que pesa sobre mí... olvidaba preparar mi defensa, para no pensar más que en ella, en usted.

—Por lo visto—dijo tristemente sir Gardiner,—¿he sido causa de que usted haya sufrido?

—Sí, al pronto... Yo no conocía á usted, ni la conocía á ella tampoco. Embebido en mis trabajos, no había tenido tiempo de estudiarla, de leer en su mente, en su corazón. Me contentaba con verla crecer en hermosura; no había visto su inteligencia, su alma,

que crecían al mismo tiempo... No sabía la rectitud, la firmeza, el sentimiento del deber que encierra aquel corazón de veinte años... Continuaba viendo la niña; no veía la mujer enérgica, fuerte, segura de sí misma.

Gardiner le escuchaba silencioso, feliz de oírle hablar de aquel modo. Bérard prosiguió:

—Durante sus visitas en la cárcel de Mazas, y después en la Conserjería, me hablaba frecuentemente de usted... Me decía: «Esto es lo que él cree, esto lo que propone, esto lo que piensa hacer...» Y entonces, poco á poco, caballero, he conocido á usted, le he visto tal como es, le he apreciado, le he amado. Mis sospechas, mis dudas, todo ha desaparecido... y le agradezco de todo corazón su abnegación para con mi hija. El mundo pensará lo que quiera... ¡El mundo! ¡Qué me importan sus juicios!... Yo, desde el fondo de la cárcel, autorizo esa intimidad fraternal... Mi cuerpo es esclavo, pero mi conciencia es libre, y, usando de mis derechos como padre, que permanecen incólumes, que nadie me puede arrancar, le digo á usted: «Le confío mi hija, sir Gardiner... Vele usted sobre ella, protéjala usted, ámela usted como yo la amo.»

El americano no contestó; lloraba.

Reinó entre aquellos dos hombres un largo silencio; pero Gardiner, acordándose de pronto de los motivos que le habían impulsado á presentarse en aquel sitio, consiguió vencer su emoción y dijo vivamente á Bérard.

—Pueden venir, separarnos de un momento á otro; sólo nos queda tiempo para cruzar algunas palabras...

Ya sabe usted que su hija y yo estamos completamente decididos á salvarle.

—Sí, ya lo sé—dijo sencillamente.

—Sabe usted también que nuestros primeros esfuerzos no han tenido éxito.

—Mi apelación ha sido desechada... Lo he sabido esta mañana por uno de los guardas; pero no me ha sorprendido, lo esperaba.

—Por lo visto, yo era el único que se hacía ilusiones—murmuró sir Gardiner sonriendo tristemente. Su señora hija está convencida de que por ahora es imposible conseguir el indulto.

—También yo estoy convencido.

—Entonces, nos vemos precisados á pensar en una evasión como única esperanza.

—¡Una evasión!—repitió Bérard.

—Sí... ¿Ha pensado usted en eso?

—Sí por cierto... Todo preso piensa en la evasión. Es instintivo.

—Entonces ¿habrá usted mirado á su alrededor, habrá estudiado las costumbres de la cárcel?

—Sí, y he adquirido la convicción de que estas paredes son infranqueables y la vigilancia que me rodea demasiado activa para poder concebir la más pequeña esperanza... Además, no es sólo opinión mía... Dos presos hablaban ayer junto á mí, jóvenes aún, robustos, ágiles... cualidades que yo no tengo... Convenían en que era de todo punto imposible evadirse de las cárceles del Sena.

En el silencio que reinaba en el patio se oyó la voz del director, que daba órdenes á los guardas.

—Deme usted la mano otra vez—dijo sir Gardiner, que apretó furtivamente la mano de Bérard, y se alejó de él para reunirse con el director.

XLV

—Vamos á ver, ¿qué piensa usted del asesino del príncipe Lavisine?—preguntó el director á sir Gardiner, cuando éste se le hubo acercado.

—Creo que es un hombre tranquilo, resignado... No debe dar mucha guerra.

—No por cierto... Si todos fueran como ése...

—¿Tiene usted algunos revoltosos?

—Algunos... Malas cabezas... Siempre hay alguna agitación en la Grande Roquette á consecuencia del continuo movimiento de presos... Cada uno trae noticias de fuera... Se alimentan esperanzas. Se espera una llegada, una salida. Se forman proyectos...

—¿De evasión, quizás?—dijo sir Gardiner.

—Para más adelante, sí... Porque, lo que es para aquí, ni pensarlo... Conocen demasiado bien la casa por sí mismos y de oídas... Mire usted, voy á dársela á usted á conocer, tan bien como á ellos... En vez de volver por el camino que hemos traído, vamos á regresar por el camino exterior que rodea los edificios.

Llamó á un guarda, le dió orden de que le acompañara y, después de haber abierto una puertecita, dijo á sir Gardiner:

—Estamos en el primer camino de ronda... Ya ve usted, por lo pronto, que es difícil entrar en él... La puerta por la que acabamos de pasar está vigilada noche y día, y todas las ventanas de ese edificio están provistas de rejas muy fuertes.

—¡Oh! las rejas...—dijo sonriendo el americano;—he oído decir que se conseguía limarlas.

—Es verdad... también lo he oído decir yo—dijo el director, que se sonrió á su vez,—y concedo de buen grado que un preso, después de haber limado y arrancado los barrotes, consiga bajar hasta aquí con ayuda de las sábanas ó de una cuerda que se haya procurado... Ese preso tiene, á la derecha, los edificios que acaba de dejar, y de los que quiere apartarse á todo trance; á la izquierda, esa pared de diez pies de altura; en los dos extremos, una guardia de soldados, sin contar con los centinelas que se pasean en este camino... Mire usted, aquí hay uno... Si no hubiese tenido la precaución de hacerme acompañar por uno de los guardas con uniforme, como no se sabe quiénes somos, nos hubieran apuntado ya con el fusil.

—¡Ah! ¿sí?

—Tal y como se lo digo... Pero voy á conceder aún más... Concedo que ese soldado se estuviera paseando por otro lado; que, en vez de vigilar, estuviera pensando en sus amores... ó que el preso, antiguo presidiario, resuelto á todo, hubiera sorprendido al centinela y le hubiera matado. ¿Y después, qué va á hacer?

—Pasará por encima de esa pared—contestó sir Gardiner,—si es robusto, si es ágil, provisto de un gancho, de una cuerda, y... si usted lo permite.

—Lo permito... Ha saltado por cima de la pared, está ya al otro lado... Pues bien, caballero, vamos al otro lado como él.

—Con mucho gusto.

Anduvieron un rato más y se pararon delante de una puerta que abrió el guarda y por la que pasaron.

Estaban en otro camino de ronda en un todo igual al primero.

—¿Quién vive?—gritó un centinela cruzando la bayoneta.

—¡Ronda del director!—contestó el guarda, que fué inmediatamente á dar el santo y seña al centinela.

—Ya ve usted que no es muy fácil—dijo riendo el director.

—Sí, lo confieso... ¿De modo que estamos en otra ratonera?

—Sí, en otra ratonera con dos paredes de una altura respetable, sobre todo ésta. Mire usted.

—¿Usted cree que no se puede saltar también por encima de ésta?

—No... Todas las tapias pueden saltarse por ciertos hombres... Concedo aún que este último obstáculo haya sido vencido... El evadido ha llegado al otro lado, sin romperse ni un brazo, ni una pierna. Está intacto... Por supuesto que la expedición ha sido nocturna... Durante el día hubiera sido visto diez veces... á falta de un guarda ó de un centinela, por un compañero suyo... La delación es muy frecuente en las

cárceles y tenemos derecho, ya que no para fomentarla, para aprovecharnos de ella... Decíamos que la evasión se ha realizado por la noche, que el preso está ya al otro lado, fuera de la cárcel... Pues no ha acabado... no por eso está ya libre... La tapia exterior está vigilada de noche... Numerosas patrullas recorren los alrededores de la cárcel, y cogerían de seguro al evadido... ¿Está usted convencido, sir Gardiner? ¿Están tan bien vigiladas como las nuestras las cárceles de los Estados Unidos?

—Son de diferente sistema—dijo el americano con una sonrisa.

Mientras hablaban, habían recorrido todo el camino de ronda, y después de haberse dado á conocer á las guardias de soldados, habían vuelto al primer patio, al patio de entrada.

—¿Quiere usted tener la bondad de subir un instante á mi casa?—preguntó el director.

—Con mucho gusto.

XLVI

Durante el trayecto, sir Hanley-Gardiner, que no abandonaba su idea, decía al director:

—Sí, convengo en ello, una evasión por el camino que me ha enseñado usted es muy difícil, por no decir imposible, pero nada me demuestra que los presos no

puedan encontrar otros medios de escapar... Esta cárcel, como todas las demás cosas de este mundo, debe tener su lado débil.

—Tal vez... No diré que no... Pero no conozco ese lado débil... Si lo ha descubierto usted durante nuestro paseo, le agradeceré que me lo indique.

—No he descubierto nada... Me he limitado á admirar los caminos de ronda y las tapias... En los Estados Unidos no tenemos tan hermosas... fortificaciones. Pero nuestras cárceles están cerradas con puertas con rejas sólidas, que valen por lo menos tanto como las de ustedes... y, sin embargo, nuestros presos, cuando están dominados por la fiebre de la evasión, consiguen realizarla á menudo.

—¿Y qué deduce usted de ahí?

—Deduzco que, si no se escapan aquí por encima de las tapias, pueden escaparse, como en todas partes, por la puerta.

—Pues se equivoca usted... Nuestras puertas están demasiado bien vigiladas para dar salida á aquel que no tenga derecho para mandarlas abrir... ¡Tiene que llenar tantas formalidades un preso antes de marcharse!

—Pero—observó el americano,—¿y si el guarda destinado á impedir la salida del preso la favorece, por el contrario?

—Por lo visto, admite usted la connivencia, la complicidad de los empleados de la cárcel.

—Tengo que admitirlo todo para que mi estudio sobre la evasión sea completo.

—Pues bien, contestaré francamente... La complici-

dad de uno ó de varios empleados subalternos no serviría de nada... Se necesitaría además la mía.

—Ya lo está usted viendo... ése es el punto flaco... Un director que quisiera, por una razón cualquiera, poner en libertad á un preso, podría hacerlo.

—¡Claro está! y en los Estados Unidos debe suceder lo mismo... El director es el único amo de la cárcel... Del mismo modo que asume todas las responsabilidades, manda también á todo el mundo... Y á pesar de esto—añadió,—si me empeñase en favorecer una evasión, podría tropezar con obstáculos imprevistos, encontrar resistencia por parte de los empleados del registro.

—¡Oh! ¡si usted se empeñase!

—Es evidente que si me empeñara... Mandaría llevar á mi despacho al preso que quisiera proteger... Haría que se mudase de traje... Le disfrazaría lo mejor posible... Luégo bajaría con él la escalerita que estamos subiendo en este momento, le daría el brazo para atravesar el patio, llegaría á la portería... el portero se extrañaría, me parece, pues es muy buen fisonomista, y se diría: «¿Quién es ese individuo? ¿De dónde viene? No le he visto entrar... ¿Por qué sale?». Pero, de todos modos, abriría si se lo mandaba yo.

—Ya usted ve.

—Sí, ya veo... Sólo que, como yo no haría nada de eso, la evasión que acabamos de imaginar no podría realizarse... Así se escapan en las novelas y en los dramas; pero en la vida real, nunca.

Sir Gardiner se mordió los labios. Pero, como se lo había asegurado á la señorita Bérard, los obstáculos

le hacían ser más tenaz en perseguir sus ideas, en querer vencer.

El director acababa de introducirle en una sala bastante grande, modestamente amueblada, sin alfombra, sin entarimado, embaldosada.

—¿Vive usted aquí?—preguntó sir Gardiner.

—Sí, con mi familia, es decir, con mi mujer.

—Pero ¿saldrá usted? ¿no se estará usted siempre metido en esta casa?

—Nada me lo ordena en absoluto... Pero he tomado la costumbre de ausentarme muy raras veces... En una cárcel como ésta, cada instante hace falta el director... Unas veces, es un preso á quien hay que castigar ó apaciguar con buenas palabras, ó un guarda á quien hay que reprender... Otras, instrucciones que manda la Prefectura... Un inspector que viene de sopetón...

—Y las visitas—añadió sonriendo sir Gardiner.

—Eso es lo más agradable del oficio.

—Pero este oficio, como usted lo llama, ¿gustará muy bien retribuido?

—Seis mil francos, habitación y calefacción.

—¡Diablo! es bien poca cosa para compensar una vida en realidad muy triste y llena de peligros... pues está usted expuesto á ellos entre esta gente.

—Es cierto.

—¿Y le gusta á usted esta vida?

—Realmente—contestó el director,—preferiría tener cincuenta mil francos de renta... Pero no siempre puede uno escoger la vida que más le guste... Si se escogiese, de seguro que todos mis presos se largarían

inmediatamente á pasear por el campo... como lo haría yo también, pues adoro el aire libre, el campo, los viajes y estoy reducido á vivir siempre en cárceles, más ó menos parecidas á ésta, no teniendo más horizonte que las gruesas tapias que las rodean.

—Pues bien, caballero—dijo sir Gardiner mirando cara á cara al director,—ofrezco á usted cincuenta mil francos de renta y la realización de la vida á que ha aspirado usted siempre.

XLVII

El director de la Grande-Roquette creyó al pronto que se trataba de una broma de su interlocutor; pero éste, sin darle tiempo para que se asombrara y pidiera explicaciones, le dijo con voz grave:

—Caballero, uno de sus presos de usted me inspira el mayor interés... Empiezo por declarar que es acreedor á sus simpatías de usted... Es inocente... Estoy convencido de su inocencia... Compartiría usted conmigo ese convencimiento si conociese usted como yo todos los detalles de la causa, y sobre todo si pudiese usted conocerle como yo le conozco.

—Pero, caballero...

—Dispénsame usted... Le ruego que no me interrumpa... Estoy resuelto á salvar á ese preso, y á reparar la injusticia que con él se ha cometido, poniéndole en libertad. Tarde ó temprano lo conseguiré. Pero el éxito que espero, de que estoy seguro, puede tardar... No sería así, si usted quisiera prestarme su concurso, si usted consintiera en asociarse á una obra de reparación, se lo juro á usted, á una obra digna y hermosa.

Se detuvo. El director aprovechó aquel momento de silencio para decirle:

—Si he entendido bien...

No pudo acabar. Sir Gardiner le interrumpió:

—Vengo á pedir á usted, vengo á suplicarle que realice lo que explicaba usted hace un momento. Decía usted: «Eso sucede en las novelas y en los dramas.» Pero los novelistas, los autores dramáticos no inventan nada. Se cree que inventan... ¡Error!... Sus relatos más asombrosos, sus escenas más desatinadas, han sucedido, son verdaderos, han sido llevados á cabo, ó han podido haberlo sido.

Se detuvo de nuevo para tomar aliento, y como el director le escuchaba callado, repuso:

—Nada le impide á usted, caballero... ¿oye usted? nada... el mandar llamar aquí, mañana ó pasado, cuando lo hayamos arreglado todo, al preso á quien quiero salvar á toda costa... Le disfrazará usted con la ropa que yo mandaré á usted... Le acompañará hasta la puerta, como refería hace un instante, y saldrá, también como usted decía... Después, yo me encargo de él; pronto estará en sitio seguro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RAYES"

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y yo—preguntó el director—estaría en sitio seguro? ¿Sabe usted á lo que me expondría?

—A muy poca cosa, pues en una evasión de esa naturaleza no habría ni fractura ni transmisión de armas... Pero podría usted muy fácilmente ponerse en salvo.

—¿Cómo?

—Saliendo usted también de la cárcel... y en caso necesario de Francia, solo ó con su mujer... Antes de que la evasión fuera conocida, y en todo caso, antes de que se sospechase que usted la había favorecido, estaría en Boulogne ó en Calais, bajo la protección del pabellón de los Estados Unidos, en un buque que me pertenece y que le conduciría donde usted quisiera ir.

El director escuchaba sin contestar. Sir Gardiner prosiguió:

—En cambio, caballero, de la posición que usted perdía... y que no sería más que un acto de justicia, y una compensación por los peligros que usted corría... le ofrezco la independencia hasta el fin de su vida... la fortuna, es decir, un millón al contado... Si cree usted que necesita reflexionar, esperaré.

Algo pálido, pero con mucha calma, sin levantar la voz, el director de la Grande Roquette contestó sencillamente:

—Caballero, no necesito hacerle esperar... Lo que siento, lo que pienso en este instante, lo sentiré, lo pensaré mañana también. Sus ofrecimientos son seductores y capaces de fascinar á un modesto empleado de una administración excesivamente económica y con

frecuencia rigurosa para los que la sirven con fidelidad... La independencia, la libertad, la fortuna para el director de una cárcel, ¡es tentador!... Pero rehúso, caballero, rehúso en nombre de mi mujer y en el mío propio... Ni siquiera la consultaré; sé de antemano lo que me contestaría... Rehúso, como rehusarían todos mis colegas, como rehusarían también, estoy seguro, mis vigilantes, mis guardas, toda esa pobre gente, apenas retribuidos y expuestos sin cesar á los desaires, á los insultos y á los golpes mortales de los presos de esta casa, encerrados como ellos, viviendo como ellos, compartiendo sus privaciones y su miseria.

Como sir Gardiner, muy contrariado, pero conmovido á pesar suyo, se callaba, el director prosiguió:

—Esto no obstante, caballero, no me queda resentimiento alguno por sus proposiciones... Si me hubieran sido presentadas por uno de mis compatriotas, me hubieran ofendido tal vez; pero como proceden de usted, de un extranjero, me demuestran únicamente que no conoce usted bien esta nación.

—Sí, voy creyéndolo—murmuró sir Gardiner.

—Nuestros funcionarios públicos, altos y bajos, éstos sobre todo, están penetrados de lo que podríamos llamar el respeto profesional... Tienen, como los demás hombres, pasiones, defectos y vicios; cometen faltas, á veces delitos y crímenes, pero siempre fuera de su profesión, profesión que por lo regular respetan mucho... Ha venido usted á estrellarse contra ese sentimiento, y nada más... Con respecto á Juan Bérard...

XLVIII

—¿Cómo, Juan Bérard?—repitió sir Gardiner admirado...—Yo no he pronunciado ese nombre...

—Es verdad—contestó el director;—pero me hará usted el obsequio de permitirme que adivine que se trata de él... Al pronto le he tomado á usted por un visitante como los demás... Me he equivocado—añadió sonriendo,—como se han equivocado también el señor prefecto de policía y el jefe de la primera división. Pero ahora veo claro: me acuerdo de nuestro paseo por la cárcel, de sus preguntas, muy hábiles por cierto, respecto al asesino del príncipe Lavisine, y de su larga conversación con él.

—Conversación que usted había autorizado, y en cierto modo provocado.

—No lo niego... He llevado la candidez hasta el último límite. ¡Qué quiere usted! no desconfío más que de mis presos... Cuando tengo el gusto de hallarme con un hombre de buena sociedad, no se me ocurre la idea de que pueda engañarme, y soy tan confiado con él, como desconfiado soy, por costumbre, con los huéspedes de esta casa.

—¿Me guarda usted rencor, tal vez, por haberle engañado?

—Nada de eso, caballero, de ningún modo... Estaba usted en su derecho, como yo lo estoy en el mío al rechazar sus ofrecimientos.

—Sentiría—repuso tímidamente sir Gardiner—que mi inútil tentativa viniera á redundar en perjuicio de mi protegido.

—¿Qué quiere usted decir?

—Si avisa usted al prefecto de policía y éste...

El director le interrumpió:

—No hay cuidado. No tengo intención de lucir con mis jefes mi conducta en este asunto... Es muy natural y sencilla, y no quiero hacer alardes de ninguna clase.

—Mil gracias, caballero, mil gracias—dijo el americano con voz conmovida;—siento no haberle conocido mejor... No hubiera intentado estas gestiones, que le ruego me dispense.

—No hay más que hablar sobre ese asunto.

—Me queda aún un temor, ridículo tal vez, pero...

—¿Qué temor?

—Temo que, sabiendo que estoy resuelto á salvar á Bérard adopte usted con él varias precauciones que le priven de ciertos favores de que ha gozado hasta ahora.

—Confiese usted que sería muy natural.

—Lo confieso; por eso mismo...

—Teme usted... Pero tranquilícese... Bérard está tan bien vigilado en el tercer patio en que le he colocado, como en el segundo en que debiera estar. No

pasa la noche en una celda, es verdad; pero en el pequeño dormitorio en que se acuesta, sus compañeros le vigilan mejor aún que un guarda.

—Sí, pero... las visitas de su hija...

—Sí, comprendo... Teme usted que prive á ésta de los privilegios que le he concedido: la libertad de ver á su padre en el registro y no en la sala de visitas... En efecto, debiera... El registro está muy cerca de la salida, y con un amigo adicto y resuelto como usted... Pues bien, hay un medio de conciliarlo todo... Deme usted su palabra de que no intentará aprovecharse de las libertades que concedo.

Sir Gardiner respondió sin titubear:

—Le doy á usted mi palabra, caballero. Se la doy aún más completa de lo que usted desea: mientras Bérard se halle á su cargo de usted, mientras dependa de usted, no le ayudaré en ninguna tentativa de evasión; aplazaré mis proyectos.

—¿Para volverlos á emprender más adelante?

—Sí por cierto... Pero ¿qué le importa á usted... puesto que su responsabilidad estará ya á cubierto?

—En efecto... Ese es asunto que interesa á mis colegas... Que tomen sus precauciones, como yo tomo las mías.

Reflexionó un rato y añadió:

—¿De modo que usted cree que Bérard es inocente?

—Estoy seguro.

—Es posible... La justicia se equivoca á veces... pocas... pero puede equivocarse... Desde que soy director de cárcel, entre diez mil presos próxima-

mente, que han pasado por mis manos, creo haber comprendido que unos diez únicamente eran víctimas de un error judicial. Bérard será tal vez el undécimo... Me lo he preguntado ya á mí mismo varias veces.

—Entonces... —exclamó sir Gardiner, que cobraba algunos ánimos.

—¡Ah! Dispense usted. No prosiga usted. No conciba usted esperanza alguna... Como director de cárcel, no tengo que ocuparme de la inocencia de un preso. Lo único que puedo hacer es compadecerle y asociarme de corazón al éxito de sus proyectos de usted.

—¿Cree usted—preguntó sir Gardiner—que esos proyectos son realizables?

—¿Pregunta usted al hombre, no es verdad?

—Sí, al hombre de corazón.

—Pues bien... sí... puede usted conseguirlo... Pero allá, lejos de Francia, en Caledonia... Pero, créame usted, no vuelva á intentar seducir á nadie. Le vendería á usted y no podría ya ser útil á su protegido. Obre usted por sí mismo, sin cómplice alguno. Cuente usted menos con su fortuna, y más con su fuerza y su habilidad.

—Mil gracias por ese consejo, caballero, y le vuelvo á suplicar que me dispense—dijo sir Gardiner, al despedirse del director de la Grande-Roquette.